

EL EMBAJADOR DE LA LUNA DE EMILIO CARRERE.
ENSAYO DE UNA NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN

MARÍA JOSÉ GUTIÉRREZ BARAJAS
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

1. INTRODUCCIÓN

Emilio Carrere, poeta, novelista, ensayista, autor de libretos para zarzuelas, escritor de prólogos, traductor del francés, amante de la noche y los cafés, sempiterno bohemio en las páginas de nuestra historia de la literatura y rey del refrito para la prensa amarilla, es un autor que no debe quedar en el olvido de la crítica literaria actual.

En su faceta de novelista, depende de donde se ponga el acento, ha sido catalogado como escritor costumbrista y madrileñista pero, sobre todo, fue considerado por sus contemporáneos como un apasionado de los temas de la bohemia y la miseria matritense aunque también de las novelas sicalípticas, tan populares en su época. Tópicos estos que he tratado de desmontar en otros trabajos.

Emilio Carrere fue, ante todo, un hombre prolífico y es necesario tener una visión de su novela en conjunto para entender que siempre estuvo abierto a las tendencias de su tiempo. Si bien es cierto que escribió sobre la bohemia y el erotismo, también lo es que hizo novelas de aventuras, de misterio, fantásticas, de ciencia ficción e incluso una metanovela. Textos que le convierten en una figura representativa de las corrientes literarias que estaban desarrollándose en nuestra variada novela de principios del siglo XX.

Aunque poco o nada se haya dicho de sus novelas de ciencia ficción, lo cierto es que el autor contribuyó en el género, siempre a su manera, con tres títulos que fueron publicados en las colecciones de

novela corta a las que tantos relatos aportó: *El sexto sentido*,¹ *El embajador de la Luna*² y *La momia de Rebeque*.³ Cada una con características que le confieren su singularidad respecto a las otras pero que, estudiadas en conjunto, nos permiten comprender qué entendía Carrere por ciencia ficción y cuál fue su evolución en el género.

Si bien este artículo tiene por objeto de análisis el segundo de los títulos referidos, es necesario ponerlo en relación con los otros dos. De este modo, si establecemos un *continuum* atendiendo al orden en el que fueron publicadas las novelas, *El sexto sentido* representaría una primera toma de contacto en la que el autor explora las posibilidades de la novela de ficción científica apoyándose para su desarrollo en los textos sobre ciencia y teosofía de uno de sus autores más admirados; Mario Roso de Luna, a quien dedica algunos de sus poemas y ensayos. En segundo lugar, cabría colocar *El embajador de la Luna*, texto con el que pretende ensayar la ciencia ficción aunque, el resultado no se ajuste bien a las características del género. Y, por último, *La momia de Rebeque*, novela escrita a principios de la dictadura franquista en la que ya sí parece haber asimilado los principios del género pero cuyos contenidos ideológicos, afines al Régimen, distan mucho de los que fueran sostenidos en la novela anterior.

Como queda apuntado, *Embajador de la Luna* se publicó en el número 183 de la colección La Novela de Hoy en 1925. El texto fue ilustrado por Masberger, uno de los dibujantes más afamados de la época, y no contó con ninguna otra edición posterior, tal y como venía sucediendo con muchas de sus composiciones. Una semana antes, en el periódico ABC del 13 de noviembre se anuncia su venta, calificándolo como “fantástico e interesantísimo relato”.

En lo que a publicaciones se refiere, 1925 fue un buen año para Carrere quien, ya consagrado en el mundillo literario de la época, consiguió publicar un total de catorce novelas (entre las cuales cinco serían reediciones) y asistir al inicio de la edición de sus *Obras*

¹ Publicada en *La Novela Corta* (1921), N° 288, Madrid, Prensa Popular, 12 p. Reedición: *La Novela de Hoy* (1928), N° 327 con el título de *El viaje sin retorno*.

² Publicada en *La Novela de Hoy* (1925), N° 183, Madrid, Atlántida, 59 p.

³ Publicada en 1941 con el título: *La momia de Rebeque. Fantasía burlesca sobre la teoría del biólogo Alexis Carrel*, en Colección Vértice (Suplemento literario), N° 25, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

Completas a cargo de la editorial Renacimiento, con un primer volumen de poesía titulado *La canción de las horas*.

El argumento de la novela que aquí se analiza arranca cuando una extraña nave aterriza en las inmediaciones de Villacapuana y de ella desciende algo más extraño aún: un ser bípedo con rasgos de ave, algas por cabellos y cráneo de cristal. Selenito de la Blanca Isis es un emisario de la Luna que ha venido a investigar ciertos hechos que se están dando en la Tierra. Un malentendido desencadenará sus aventuras llevándole primero a la cárcel, donde conocerá a Marcos, su guía y amigo, con quien recorrerá algunos escenarios de la capital y que le ayudará a comprender la sociedad española y sus costumbres. Sus andanzas y la fama obtenida tocarán a su fin cuando Selenito, que se dispone a ser juzgado por el Tribunal Infalible, decide regresar a la Luna.

A simple vista, pueden desprenderse de este resumen varios elementos que son bastante comunes en los relatos de ciencia ficción: el viaje a otro planeta (que presupone cierto desarrollo tecnológico), la presencia de un ser extraterrestre y la narración de aventuras o el planteamiento de utopías/distopías. No obstante, como se irá comentando, Carrere hará un empleo muy particular de dichos elementos.

2. VIAJES IMAGINARIOS EN EL ESPACIO Y SOCIEDADES UTÓPICAS

El viaje imaginario es un motivo frecuente en las novelas de ciencia ficción y, aunque el género pueda parecernos relativamente moderno, la humanidad ha soñado con viajar a la Luna desde muy antiguo. Así, uno de los primeros autores en tratar el tema es Luciano de Samosata quien en su *Historia verdadera* (siglo II d.C) nos relata cómo, a causa de una tempestad, el protagonista llega hasta la Luna a bordo de una galera, y allí se encuentra que sus habitantes están sumidos en un conflicto bélico con los habitantes de el Sol por la colonización de unos territorios en Venus.

Con el tiempo, los viajes interplanetarios evolucionarán hacia posturas más críticas con la sociedad tal y como ocurre en *El hombre en la Luna o una disertación sobre el viaje hasta allí*, por Domingo Gonsales, obra de publicación póstuma (1638) cuyo inicio de escritura

está datado en 1589. En ella su autor, Francis Godwin,⁴ describe el mundo lunar como una utopía al plantear una sociedad más justa que la nuestra conformada por una raza más evolucionada que el hombre. En esta misma línea se sitúa la novela de Savinien Cyrano de Bergerac⁵ *El otro mundo* (1657-1662), en la que se satirizan las costumbres y creencias de su época, o *Viaje al mundo subterráneo* de Ludvig Holberg⁶ (1741) en la que el universo maravilloso que descubren los protagonistas sirve al autor para llevar a cabo una fuerte crítica contra la condición humana. Son también de obligada mención títulos como *De la Tierra a la Luna* (1865) de Julio Verne,⁷ considerado junto a H. G. Wells,⁸ uno de los creadores del género de ciencia ficción, y cuyos textos probablemente conoció Carrere pues sus novelas fueron, junto a las de Emile Zola, de las más traducidas y leídas en la segunda mitad del siglo XIX español.

Pero si acotamos un poco más nuestro objeto de análisis, y nos referimos a la narrativa de viajes imaginarios en el espacio, escrita en español y publicada en la península antes que el *Embajador de la Luna*, entonces hemos de retomar algunos títulos significativos. La primera obra en la que un español viajó a la Luna fue escrita por Diego Torres Villarroel⁹ quien la tituló *Viaje fantástico del Gran Piscator de Salamanca*. En el volumen no se indican ni el editor ni el año de publicación, pero contiene una página en la que aparecen los datos de la censura y una dedicatoria fechada en 1724.¹⁰ Obra en la

⁴ Clérigo de origen británico y obispo de Herdford (1562-1633). Fue historiador, sin embargo, su fama se debe a que es considerado uno de los padres de la ciencia ficción por la novela que aquí se cita.

⁵ Poeta, dramaturgo y pensador francés (1619-1655). Su actitud irreverente contra las grandes instituciones como la iglesia le propició fama de libertino. Autor de varias obras, es también considerado como uno de los precursores de la ciencia ficción.

⁶ Dramaturgo, historiador y ensayista danés (1684-1754). Una de las figuras claves de la literatura danesa.

⁷ Uno de los autores de ficción más traducidos de todos los tiempos (Francia 1828-1905). Condecorado con el galardón La Legión de Honor por su gran aportación a la ciencia.

⁸ Británico (1866-1946). Escritor, novelista, historiador y filósofo de ideología izquierdista.

⁹ Salamanca (1693-1770). Escritor, poeta, dramaturgo, sacerdote y catedrático en la Universidad de Salamanca.

¹⁰ A esta obra le precede otra escrita por el clérigo Maldonado (1485-1554), y publicada en Burgos en 1541 por Ioane Iunte. No la incluyo más arriba por estar escrita en latín. En ella también se recurre al sueño como motor de un viaje de la

que se utiliza el sueño como recurso literario para el viaje y las aventuras, sin ninguna otra intención que la del entretenimiento. El siguiente viaje a la Luna, también por mediación de un sueño, es un relato del Abate Marchena¹¹ titulado *Discurso IV: Parábola sobre la religión y la política entre los selenitas*, y publicado en el periódico de discursos *El Observador* en 1787. En él su autor retoma el distanciamiento que permiten las sociedades utópicas, para denunciar el malestar social tanto en la Tierra como en la Luna. Unos años después, en 1804, Antonio Marqués y Espejo,¹² publica su *Viage [Sic.] de un filósofo a Selenópolis* (Gómez Fuentenebro y Cía.). Utopía en la que en el reino lunar se encuentra una sociedad laica, cuyas leyes y costumbres se muestran adelantadas al tiempo del autor, y permiten ser felices a los hombres. Quienes la han estudiado indican que, en realidad, se trata de una adaptación de *Le voyageur philosophe dans un pays inconnu aux habitants de la Terre* de Daniel Villeneuve (Amsterdam 1791). En 1832 apareció *Viage [Sic.] somniaéreo a la Luna, o Zulema y Lambert* cuyo autor, José Castillo y Mayone,¹³ retoma la tradición de los viajes oníricos para perseguir en globo a su hija Zulema y a su raptor, llegando así a la Luna donde encontrará, al igual que sus predecesores, una sociedad más justa y mejor que la nuestra. Novela que combina las aventuras en el espacio con cierta crítica social.

Es interesante constatar cómo algunos de los autores españoles que relatan aventuras en otros planetas, lugares maravillosos o sociedades utópicas acuden al recurso del sueño como forma de conceder un marco onírico a la narración que les permita situarla en un contexto desrealizador y, a la vez, distanciarse de lo narrado, dotando así a la ficción de una gran libertad que les exime de cumplir las reglas impuestas por una literatura de tan marcado realismo como

Tierra a la Luna, lugar en el que el autor encontrará una sociedad más justa y más feliz. Según Agustín Jaureguizar, es muy posible que se trate de la primera utopía escrita por un autor español. Para más información sobre esta y otras obras que aquí se mencionan, véanse los estudios (muy completos) de A. Jaureguizar en *La web de Augusto Uribe. Ciencia ficción, aventuras fantásticas, y textos de conjetura*, que puede recuperarse en: www.auguribe.com

¹¹ Sobrenombre de José Marchena Ruíz y Cueto (Sevilla 1763-Madrid 1821), pues nunca fue abate aunque sí bate para el clericalismo, por lo que fue perseguido en varias ocasiones por la Inquisición.

¹² La Alcarria (1762-?). Doctor en Teología. Después se ordenó sacerdote.

¹³ Publica sus obras entre 1831 y 1839. Es autor también de una Ortografía.

la nuestra.¹⁴ Sin embargo, conforme va acercándose el siglo XX, con la irrupción de nuevas estructuras literarias, los autores utilizan menos este recurso porque ya no necesitan una justificación para sus narraciones.

Anoto a continuación dos obras cuya referencia tomo de Nil Santiáñez Tió (1995: 7-35). La primera de ellas es *Lunigrafía* de M. Estorch i Siqués,¹⁵ la cual consta de nueve volúmenes y fue publicada entre 1855 y 1858. La continuación de su título nos avanza el contenido: *Noticias curiosas sobre las producciones, lengua, religión, leyes, usos y costumbres de los lunícolas*. Es de gran interés para este estudio la novena parte (1858), titulada *Madrid visto desde la Luna y La perla de las Antillas* donde se describen las costumbres de la capital desde el punto de vista de los habitantes de la Luna. El autor utiliza el recurso del manuscrito encontrado en algunos de los tomos y apunta que son una traducción de un texto escrito por M. Krotse.¹⁶ La siguiente obra se publicó cinco años después, en 1863, y lleva el título *Selenia. Viaje científico-recreativo de descubrimientos en el cielo, verificados por la familia S'lay, redactado en vista de las noticias del Doctor S'lay* de A. de Colmenares y Orgaz¹⁷ y nos cuenta las aventuras de un viaje realizado en globo a la Luna, donde encontrarán una sociedad bien organizada en la que mandan las mujeres.

Después, hay que esperar casi medio siglo para que se produzca un nuevo viaje al satélite de la pluma de Juan Pérez de Zúñiga:¹⁸ *Seis días fuera del mundo. Un viaje involuntario* (1905). En ella se narran las aventuras de varios personajes por la Luna y también en el planeta Venus.

No es que durante los casi cincuenta años transcurridos entre la publicación de los dos últimos títulos citados no se publicaran en España novelas de ciencia ficción, que las hubo, sino que los autores que las escriben prefieren ampliar los espacios que visitan y se sitúan

¹⁴ Véase en este sentido “La segunda república literaria de Saavedra Fajardo: el testamento de un político desengañado” en J. L. Calvo (2008: 23-58).

¹⁵ No he encontrado más datos del autor. Puede recuperarse una edición del texto en PDF en:

http://www.bibliotecavirtualmadrid.org/bvmadrid_publicacion/i18n/consulta/resultados_busqueda.cmd (12/6/2013).

¹⁶ Sobrenombre de Storch i Siqués.

¹⁷ Aureliano de Colmenares y Tanabria (1846-1890). Terrateniente, licenciado en derecho y amante de la literatura.

¹⁸ Escritor, dramaturgo y periodista (Madrid 1860-1938).

en otros lugares, tal y como hace Tirso Aguimana de Veca¹⁹ con *Una temporada en el más bellos de los planetas* (1870-1871), cuya acción se sitúa en Júpiter, *En el planeta Marte* (1890) de Nilo María Fabra²⁰ o *Un viaje a Júpiter* (1899) de Enrique Bendito.

Siguiendo esta línea, ya en el siglo XX, en 1905, encontramos *La conquista de un planeta. Aventuras muy extraordinarias* por Gabaldón, que se sitúa en Marte, o las aventuras del conocidísimo Coronel Ignotus²¹ *Del océano a Venus* y *El mundo venusiano*, ambas publicadas en 1920. Pero si seguimos con el planteamiento del ajuste social o, por lo menos, la revisión de la actualidad desde un punto de vista crítico, es necesario citar la obra de José Ferrándiz²² *Dos mundos al habla. Cuarenta días de relaciones interplanetarias* (1922), en parte deudora de *La guerra de los mundos* (1898), en la que la Tierra y Venus consiguen mantenerse en contacto durante cuarenta días estableciendo un lenguaje común mediante el cual los terrícolas y los venusinos explican y contraponen cómo son los planetas que habitan. En esta confrontación, la sociedad de Venus es una utopía cuyo valor ejemplar se opone a la irracional y disparatada sociedad de la Tierra.

Respecto a las novelas, tan solo referidas, que componen este segundo bloque, hemos de apuntar que, aunque la acción se sitúe en otros mundos, como Marte, Júpiter o Venus, siguen manteniendo las mismas características que aquellas que se desarrollaban en la Luna: en todas hay un viaje, la presencia de seres extraterrestres y, o bien se narran aventuras, o bien se aprovecha el distanciamiento que ofrece la ciencia ficción para plantear utopías, mediante las que se cuestionan los valores y la organización política y social de la España contemporánea a su autor. Es decir, son novelas escritas desde un punto de vista regeneracionista que se unen a un nutrido corpus de textos que viene ampliándose desde el cambio de siglo.

Sin embargo, es necesario apuntar que no todas las sociedades utópicas que se desarrollan en nuestra literatura se ubicaron

¹⁹ Agustín María Acevedo Rodríguez (1806-1874).

²⁰ De Gerona (1843-1903). Fue periodista y poeta. Publicó libros históricos y políticos.

²¹ Sobrenombre de José de Elola (1859-1933), uno de los más destacados cultivadores de la ciencia ficción española del primer tercio del siglo XX.

²² De Lorca (1853-1927). De familia muy humilde, comenzó siendo clérigo pero las circunstancias le llevaron a convertirse en su madurez en un fiero anticlerical. De ideología liberal, finalmente se reconcilió con la iglesia. Además de esta novela tiene varias biografías de clérigos y artículos periodísticos.

necesariamente en la Luna u otros planetas. A este respecto conviene mencionar dos títulos muy próximos ya a la fecha de publicación de *El embajador de la Luna*. El primero de ellos, posiblemente conocido por Carrere, es *El archipiélago maravilloso*, novela escrita por Luis Araquistáin²³ y publicada en 1923. Influida por *Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift* (1726), en ella los protagonistas llegan, tras diversas aventuras, a un archipiélago donde visitarán tres islas en las que encontrarán tres sociedades utópicas de muy diversa naturaleza (la primera de ellas es la de la inmortalidad, la segunda está dominada por zahoríes y en la tercera reinan las mujeres). Cada aventura tiene como objetivo crear en los viajeros nuevas experiencias sociales y políticas, pero al final terminan sumidos en un profundo desengaño. La otra novela a la que me refiero es *El tratado de Heligoland* de Julio Bravo²⁴ (1924) en cuyo argumento pueden encontrarse ecos de *La isla del Doctor Moureau* (1896) de H.G Wells. La siguiente cita de Julio Calvo describe, en mi opinión, muy bien el texto: “parábola anticomunista con la que se enfrentaba a los optimismos desbordados de otros escritores provolcheviques ante la posibilidad de importar la utopía colectivista rusa” (2008: 257). El autor plantea una distopía que desarrolla en una lejana isla con la que, en cierto modo, pretende contestar a aquellos que clamaban por imitar el ejemplo del comunismo ruso como única alternativa social viable.

Con este breve recorrido por las novelas de ciencia ficción, utopías y distopías anteriores a 1925, no he querido plantear un catálogo de obras sobre el tema porque, sin duda, faltarían muchos títulos, sino trazar un itinerario en el que situar la novela de Carrere para que se comprenda mejor por qué *El embajador de la Luna* no es completamente una novela de ciencia ficción o, si puede clasificarse como tal, lo es con algunas reservas y cómo dialoga con la línea de la novela regeneracionista publicada hasta la fecha.

²³ Escritor y político (Cantabria 1886-Suiza 1959). Perteneció al círculo de Largo Caballero, durante la Segunda República fue dirigente del ala izquierda del PSOE. En 1932 fue embajador en Francia y en 1936 en Alemania. Dirigió revistas como *Semanario España* o *Leviatán*. Escribió además de novelas obras de carácter político y filosófico.

²⁴ Aragonés (1894-1987). Médico y escritor, a veces firmaba con el pseudónimo Tristán Gay.

3. POSIBLES FUENTES Y ESTRUCTURA DE LA NOVELA

Es difícil precisar cuáles de las novelas referidas fueron leídas o, cuando menos, conocidas por Carrere. Lo que sí debemos constatar es que los elementos y objetivos que articulan estos relatos formaban parte del imaginario ficticio y literario de principios del siglo XX, los cuales, directa o indirectamente, influyeron en la creación de *El embajador de la Luna*, atendiendo así a las características básicas de construcción que presenta el género hasta la época, a saber: el viaje (que implica un componente tecnológico), la presencia extraterrestre y la utopía y/o aventura (veremos que la novela de Carrere entronca con la forma de expresar o interpretar el género que se tenía en España a principios de siglo, es decir, que la tendencia de la ciencia ficción estaba presente entre nuestros autores). Aunque también podremos comprobar cómo el texto de Carrere muestra algunas particularidades que se irán señalando.

Si volvemos al comentario de las obras que pudieron servir como antecedentes literarios y posibles modelos al autor, es el momento de retomar el noveno volumen de *Lunigrafía*, titulado *Madrid visto desde la Luna y La Perla de las Antillas*, y publicado en 1858 en Madrid, en la imprenta de Manuel Galiano. Además de su brevedad, esta obra tiene en común con *El embajador de la Luna* que la relación y el enjuiciamiento de los usos políticos, sociales y culturales de Madrid serán también hechos desde el punto de vista del selenita que los observa y que no los encuentra apropiados. Así pues, en *Lunigrafía* su autor, M. Estorch i Siqués, se declara el traductor de varios impresos que trajo Seuquis de la Luna y que, por referirse a su patria, llamaron su atención. No obstante, en su tarea no será un traductor objetivo, sino que en la página de advertencia nos confiesa lo siguiente:

Lo leí con avidez, y desistí de la traducción. Me dolía, á fuer do buen español, que los lunícolas hubiesen formado tan mal concepto de nuestra capital, aunque en mis adentros conocía que era bastante exacto. Mi amor patrio se resistió largo tiempo á dar publicidad á verdades que nos honran muy poco; mas teniendo presente que los libros escritos en español solo se leen en España, y por muy pocos, cuando no son novelas inmorales ó sátiras mordaces, me determiné al fin á llevar á cabo la traducción, suprimiendo todos los párrafos que se referían á cosas muy respetables, que no deben tocarse ligeramente, y acompañando algunas notas que hiciesen útil la obra para el porvenir.

Contribuyó á esta resolución la idea de que poco ó nada podrían decir los lunícolas de nosotros que no lo hubiesen dicho los franceses, adulterando casi siempre la verdad en nuestro perjuicio. En efecto: la pintura que hacen los lunícolas de Madrid, si bien nada lisonjera, es, sin embargo, menos fea, y mas moral y provechosa que la que hizo M. Le Sage en el *Diablo Cojuelo*, que no es otra cosa que un tegido de cuentos, obscenos unos, impíos otros, é inmorales todos (Estorch i Siqués, 1858: página titulada “Advertencia”).

Por lo demás, el texto es una relación supuestamente hecha por los habitantes del satélite sobre la corrupta clase política, las ociosas costumbres del vulgo, la mala situación de la Bolsa, del Ateneo, etc., en la que se pierde por completo el componente de ficción que ha de tener toda novela, quedando puramente la descripción. Sirvan como ejemplo los siguientes párrafos:

Madrid es un terrón de azúcar que no puede contener todas las moscas que revolotean alrededor. Las que chupan están quietas, mientras que las otras se agitan para desalojarlas, y ocupar su puesto. Cuando lo logran, se cambian los papeles.

En Madrid se escribe como se habla, y se habla según las circunstancias. Por esto se observa que algunos mudan de colores como el camaleón.

Se habla mucho de progreso, y todo va para atrás: la religión, la moral, la justicia, la buena fe, y el bienestar de las familias.

Se cacarea libertad, mientras se empeñan en esclavizarse unos á otros (Estorch i Siqués, 1858: 6).

En el caso de *El embajador de la Luna*, Carrere expresa su visión crítica a través de sus principales personajes, Marcos Pérez y Selenito de la Blanca Isis, el extraterrestre que, cansado del maltrato terrícola, decide volverse a la Luna donde dirá: “(...) que vuestras costumbres son salvajes, vuestro intelecto chato; vivís entre ficciones grotescas o sanguinarias, con los ojos cerrados al prodigio, que esto es una zahúrda de dolor, de avaricia y de orgullo...” (Carrere, 1925: 57). Casi un siglo distan entre sí ambos textos, pero las opiniones de sus autores son las mismas, y recaen sobre los mismos tópicos: la religión, la moral, la justicia y la cultura.

Hay en el fragmento de M. Estorch i Siqués aquí reproducido un detalle importante que no debemos pasar por alto, y es su mención al *Diablo Cojuelo*, aunque él se refiere a la versión francesa compuesta

por Le Sage²⁵ [sic. por Lesage]. Obra que seguramente hubiera leído, pero en la que no pareció inspirarle. No obstante la existencia de dicha versión francesa, el presente análisis se centrará en la española, escrita por Vélez de Guevara y publicada en 1641, ya que la novela de Carrere también entronca con esta rama de nuestra tradición literaria en la que domina la sátira de costumbres. Teniendo en cuenta que las diferencias entre *El Diablo Cojuelo* y *El embajador de la Luna* son notables (sobre todo si atendemos a la época), tiene la de Vélez de Guevara algunas características que parecen haber sido retomadas por Carrere.

En primer lugar, en ambas el motivo que conduce la acción es el viaje o, delimitando un poco más el concepto, la *peregrinatio*; tópico frecuente en la novela barroca, en relación con el cual el o los protagonistas se ven inmersos en un itinerario que les influye y que les llevará a reflexionar sobre las experiencias en él vividas. Así pues, en *El Diablo Cojuelo* el licenciado Cleofás, huyendo de la justicia por un lío de faldas, acaba en el desván de un astrólogo donde conocerá al Cojuelo que está encerrado en una redoma. Cleofás le libera y el genio en pago se ofrece a enseñarle “todo lo que a estas horas pasa en esta Babilonia española” (Vélez de Guevara, 1988: 78), y ambos emprenden un recorrido por las alturas en el que saldrán de la corte y pasarán por Toledo, Córdoba y Sevilla. En la novela de Emilio Carrere, Selenito, que también huye de la justicia por ser acusado de agresión, es atrapado por ella, yendo a parar en la cárcel a la misma celda que Marcos Pérez, remendón de zapatos. En este caso, el viaje tiene una primera etapa de la Luna a Villacapuana (que es Madrid), que no se nos narra, y continúa por los distintos escenarios de la sociedad española del momento como la cárcel, el Tribunal de Justicia, un teatro, las calles y hasta un burdel. Se trata, por tanto, en los dos casos de un viaje iniciático, por así decirlo (aunque el recorrido en la novela de Carrere sea más limitado), protagonizado por seres muy heterogéneos (una pareja formada por un joven y un diablo, y otra por un adulto y un extraterrestre), de los cuales uno de ellos será el guía encargado de enseñar al otro a mirar las verdades que encierra la realidad. De este modo, en ambas novelas, mediante el uso del diálogo, irán sus respectivos autores desgranando su discurso crítico, aunque con distinta técnica. Así, Vélez de Guevara empleará la sátira y

²⁵ Alain René Lesage, *Le Diable Boiteux* (1709). Inspirada en *El Diablo Cojuelo* (1641) de Vélez de Guevara.

el juego de contrastes entre la realidad y la apariencia, propio de la literatura barroca, mientras que Carrere se apoyará en el humor y la ironía que tanto caracterizan este tipo de novelas suyas, haciendo asimismo mención al tópico, también barroco, del mundo “como un escenario supeditado a nuestra fugaz tragicomedia” (Carrere:1925, 8). El resultado es, de manera general y salvando las distancias, el mismo; ya que al final de cada relato ambos personajes quedarán desengañados.

4. ¿UNA NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN?

Además de los posibles antecedentes hay, por otra parte, más aspectos que comentar de *El embajador de la Luna*. No debemos olvidar que estamos ante una obra que dialoga con el género de la ciencia ficción, aunque quizá deberíamos acogernos a su clasificación en dicha corriente con algunas reservas. Apunto a continuación, por su rigurosidad en el análisis, dos de las muchas definiciones que se han venido dando al respecto.

Para Darko Suvin se trataría de “Un género literario cuyas condiciones literarias y suficientes son la presencia e interacción de distanciamiento y cognición, y cuyo mecanismo formal es un marco imaginativo alternativo al entorno empírico del autor” (Suvin, 1979: 7). Juan Ignacio Ferreras en su estudio de las mediaciones que dan lugar al género y a su producción concluye que “La significación auténtica de la ciencia ficción reside en la relación determinante o, si se quiere en el problema actual, en la contradicción de nuestro mundo, que el autor proyecta para desarrollarlo, criticarlo, verlo en el futuro apropiado” (Ferreras, 1972: 92). Aunque este segundo planteamiento se centra más en el carácter anticipatorio de la ciencia ficción (que no es una característica inherente) es igualmente válido para este análisis, ya que se refiere al empleo del género como forma de comprender la situación presente.

Como puede desprenderse de la lectura de estas dos aproximaciones, la novela de ciencia ficción ofrece al escritor un distanciamiento de su realidad inmediata, que se origina en la creación de un universo imaginario ubicado en un tiempo y un espacio distintos al suyo, y es precisamente este distanciamiento el que le posibilita contraponer su modelo de realidad (con sus valores, organización política, social y cultural) a otro modelo por él creado y que suele ser más amable, organizado y coherente, en suma, un modelo utópico. De

ahí la visión crítica que se desprende de su propio sistema que le resultará imperfecto. En palabras de Ferreras, “Por primera vez en la historia de la novela el autor puede escoger con mayor libertad que nunca el universo de su obra. El prejuicio del Realismo que pedía universos homologables es vencible” (1972: 201). Sin embargo, este proceso no se cumple por completo en *El embajador de la Luna*, de ahí su particularidad. Emilio Carrere, cuyo instinto es prodigioso a la hora de detectar las tendencias que se están dando en el contexto literario del que es partícipe, conoce la corriente pues, sin duda, ha leído novelas de ciencia ficción y entiende que esta comprende de unos elementos básicos ya enunciados, como son: el viaje, la presencia extraterrestre y un universo distinto. Sin embargo, lo que parece haber pasado por alto es la estructura propia del género: la anticipación o la creación de un mundo en el que se desarrolle el relato cuya concepción u organización sea diferente. Es así que en su novela encontraremos una nave que describe como “un gran aparato de color almazarrón” (Carrere, 1925: 1) que aterriza sobre el Abroñigal, un arroyo de la célebre Villacapuana, lugar donde se sitúa la acción. De él desciende un ser extraterrestre a quien describe, en un primer acercamiento, como un ser bípedo con brazos similares a las alas de los murciélagos, cabeza de cristal y melena formada como por algas marinas. Pero lo que no hay en su novela es justamente un tiempo diferente a aquel en el que existe el autor y en el que se desarrolla la acción, puesto que toda la información que puede extraerse del texto se refiere a la época en la que vive, más o menos figurada, y en la que centra su crítica. Veamos algún ejemplo:

–Esto de no poder mostrarme en público sin que me arrojen objetos nauseabundos, se me rían en mis verdes barbas o se tomen otras confianzas depresivas, te digo que ya me está encororando.

–No te quejes, porque estás teniendo tanto éxito como un torero, que es aquí la más alta encarnación de la gloria nacional. ¿Tú no has oído hablar de las medias verónicas de Juan, *El Terremoto*?

Selenito no recordaba haberlo oído nunca, y Marcos le lanzó una mirada de conmiseración.

–¡En la Luna sois unos desgraciados! (Carrere, 1925: 45).

En este fragmento se alude a Juan Belmonte, un torero apodado “el Terremoto” que fue contemporáneo a Carrere. Por tanto, no se da el distanciamiento en el tiempo, pero tampoco en el espacio, ya que, aunque la historia se desarrolla en la hipotética Villacapuana,

podemos reconocer fácilmente la presencia de lugares propios de Madrid, como el Abroñigal que, en realidad, se trataría del Manzanares. Pero lo cierto es que Carrere sí que ha entendido que debe existir otro mundo y por ello también crea Selenópolis; sin embargo, las referencias que tenemos de él resultan prácticamente ajenas, es decir, que funciona como un pretexto externo al relato con el que comparar la política y la sociedad Española, y denunciar la mala situación en que se encuentran.

De este modo, Carrere, que conoce a la perfección los engranajes de la novela corta y que los hace muy bien, sigue sus postulados como siempre ha hecho y ensaya un relato de ciencia ficción sin conseguirlo del todo. Es decir, retomando las palabras de Darko Suvin, que la novela carece de un marco imaginativo y *ajeno al entorno empírico* del autor. Por tanto, lo que hace es incorporar a la estructura que él tiene tan interiorizada del relato realista en el marco de la novela corta algunos elementos constitutivos del género de la ciencia ficción. Una forma de proceder que, por otra parte, tampoco es ajena a los escritores que convivieron con Carrere o que le precedieron. Recordemos al respecto las palabras apuntadas de Nil Santiáñez Tió, con las que afirma que en la ciencia ficción pueden confluír actitudes pertenecientes a estilos muy distintos entre sí como son el regeneracionismo, la utopía libertaria o la verosimilitud científica, muy acordes a su vez con el realismo y el naturalismo (Santiáñez, 1995: 286).

Por otra parte, Carrere en esta novela pretende elaborar una crítica de ciertos aspectos que él considera caducos o irrisorios de la sociedad en la que vive, y el relato de ciencia ficción le proporciona *a priori* grandes posibilidades. De este modo, mediante el diálogo que sostienen Marcos y Selenito, en el que el primero actúa como guía (y portavoz del autor) ante la curiosidad e ingenuidad del segundo, se van tratando algunos problemas y mezquindades de la sociedad, tal y como hizo Vélez de Guevara en *El Diablo Cojuelo*. Destacado espacio tienen así en la novela las críticas a la justicia:

Sus jueces ya le estaban aguardando. Un almibarado sacristancillo, de uñas pulidas y ojos pintados, llamado de remoquete *El capricho de las devotas*, fue el introductor del enviado de la Luna y de su escudero en una vasta pieza, ornada con cuadros religiosos y en torno a una mesa donde había hasta siete negros frailes, cosa que asombró a Selenito y puso algún temor en su espíritu, porque aquello tenía cierto tufo de Santo Oficio.

–¿Y éstos son vuestros sabios? –preguntó a Marcos en voz baja.

–Nosotros no concebimos la sabiduría sino bajo un bonete. Ellos educan a nuestros hijos y nuestras mujeres, censuran los libros, autorizan la representación de las comedias, marcan la norma de nuestra vida moral y nos hacen llevar la vela en las procesiones. Cada pueblo tiene su tradición –añadió persuasivo (Carrere, 1925: 53).

La denuncia de la corrupción eclesiástica:

–Entonces ¿es que no creéis en Dios, cuando vaciláis en mataros los unos a los otros?

La voz de Marcos rajó el silencio a fuer de sarcástica.

–A Dios lo han desacreditado las beatas a fuerza de hacer majaderías o canalladas en su nombre. Ahora la idea de Dios ha quedado convertida en una estampita para adornar las puertas de ciertas gentes que se llaman de orden y religión porque guardan algún dinero. Dios tiene soberbias mansiones, y sus grandes sacristanes van vestidos con lujo de sátrapas, pero en los quicios de la casa de Dios se mueren de frío los niños mendicantes (Carrere: 1925, 34).

Los comentarios contra escuelas y academias de las que evidencia su vaguedad e inoperancia:

–Yo creo –opinó un periodista– que, a juzgar por la facha zoológica del detenido, lo indicado es que la Escuela de Veterinaria expida un certificado acerca de su naturaleza.

Aquella luminosa opinión fue aceptada con entusiasmo, y al punto fue requerida la presencia de un perito pecuario, quien dictaminó que si bien no era un hombre, tampoco se podía asegurar que fuese una lechuza, y aunque con indicios de plantígrado, también tenía algo de molusco, y que lo mejor sería que le exhibieran en un circo, con lo que el detenido ganaría para pagar al frutero, se divertirían mucho los niños, y los sabios podrían ir a estudiar su singular individualidad.

Después de oír la voz de la ciencia oficial, Selenito y Marcos Pérez fueron puestos de patitas en la vía pública (Carrere: 1925, 48).

O sus quejas contra manifestaciones culturales, como el teatro, de las que considera que deben ser vehiculares de la buena educación:

–Bueno, Marcos, escuchemos ahora, que ya parece que va a empezar la comedia.

–Hombre, sí; que han dicho en mi barrio que se ríe uno las tripas con la función que van a echar...

–¿Pero venís a reiros al teatro? Yo creí que era una manifestación literaria.

–El teatro de hogaño es para reírse y no pensar en nada. ¡Demasiados dramas tiene uno en la vida íntima, y no es flojo el de andar siempre a cachetes por un poco de calderilla!

–Me dejas confuso. En mi país es un espejo de las costumbres y de lo moral de las criaturas aderezado por el ingenio (Carrere: 1925, 50).

Estos ejemplos forman parte del discurso regeneracionista que Carrere mantiene a lo largo de toda la novela. Sin embargo, las instituciones que aparecen como destinatarias de sus protestas y reflejo de corrupción no son ninguna novedad, ya que cuando Carrere hace crítica política o social en sus textos siempre suele echar mano de las academias, la justicia, la iglesia o el teatro para desahogar su malestar; lo que finalmente se traduce en una crítica superflua, ya que no plantea alternativa o solución alguna, y, cuando se han revisado varias novelas en las que esto se repite, uno tiene la sensación de que en lugar de leer a un autor comprometido lo que tiene entre manos es un autor acomodado, que se ha estancado y se recrea en la misma retahíla. Actitud que, por otra parte, le achacaban algunos de los que le conocían.

Por otro lado, y si atendemos al reflejo de hábitos y costumbres tan principal en las novelas de Carrere, quiere el autor mostrarse avanzado en este aspecto y se sirve de la comparación de los usos amorosos de los lunícolas con los terrestres para proclamar la práctica libre como lo más apropiado. Sin embargo, tal y como hemos visto en los ejemplos anteriores, se destila cierto regusto a anquilosamiento e ideas mal comprendidas que, al final, le dejan en evidencia:

Nuestras hembras son muy blancas y lindas (...). El ejercicio del amor es libre. Antaño era obligatoria la fidelidad, pero se vio que era una institución absurda, porque cada macho prefería a la del vecino, y las hembras se decían desgraciadas por considerar su situación demasiado monótona. Ahora cada uno toma a la que le gusta, la trabaja con entusiasmo hasta realizar su deber específico, que es fabricar unos cuantos lunarios pequeñitos, y después se va muy de prisa para que no le quite el tiempo, le caliente el pico y le meta en embrollos (Carrere: 1925, 38).

Con respecto a la construcción y el desarrollo de los personajes, se aprecian psicologías planas que responden a un prototipo. Así pues,

Selenito sería lo más parecido a un extranjero que percibe nuestra sociedad con ojos escépticos, y que puede tomar la distancia suficiente como para criticarla. Mientras que Marcos Pérez, aunque a veces tenga visos de filósofo porque el peso discursivo del autor le domina, sería ejemplo de la clase humilde, aquella sobre cuyos hombros recae la injusticia social que Carrere pretende denunciar:

–Yo me llamo Marcos Pérez, y soy zapatero remendón. Tengo mi chiquero en Tribulete, veintiuno, donde trabajo por el día, y suelo pernoctar en el lugar donde ahora me ves, porque en cuanto doy de lado a la lezna y el cerote, me voy a la tasca, agarro la curda y, o bien le gasto cuatro chirigotas *a la pareja*, doy cuatro gritos subversivos – el vino es siempre revolucionario–, o mejor le doy una prueba de afecto a la parienta, con el tirapié, en su robusto nalgatorio.

–¿No amas a tu compañera?

–¡Más que a mis ojos! Y a los seis chiquillos que tenemos, que a la hora de comer se convierten en seis chacales. Pues esa es mi pena, y por eso cojo cada *tablón* como el que ahora me gozo. ¡Para olvidar, amigo! Los veo medio desnudos, con hambres, con el porvenir más negro que la sotana de un cuervo (Carrere: 1925, 18).

Los dos personajes protestan ante la sociedad que les rodea: Marcos Pérez acusa su clasismo e injusticia, mientras que Selenito denuncia su estancamiento y caducidad; sin embargo, ninguno hace nada por cambiar el estado de las cosas:

Y ¿qué voy a hacer yo, si aunque me descrime poniendo palas y tacones, no ganaré nunca lo suficiente para no vivir como irracionales en una cochina mazmorra, un jergón, un mendrugo y la miseria en el umbral?... (Carrere: 1925,18).

Así, esta corta *peregrinatio* nos llevará al final de la novela, que se resuelve de modo abrupto cuando Selenito, calumniado en varias ocasiones, decide huir a su planeta, aunque no sin antes emitir su juicio sobre el nuestro:

–Os digo de verdad que no he visto gente más necia, fanática y vanidosa que los hombres terrestres. Habéis decidido con vuestro menguado cálculo que en la Luna no hay criaturas de Dios, y aunque se os presente una de ellas ante vuestras narices, llena de afecto y fraternidad, seguís negando el prodigio, en nombre de vuestras ideas hechas, que de puro viejas ya tienen verdín como las losas de los

cementerios ¡Pobre del precursor o clarividente que nazca entre vosotros! Le crucificaréis en el leño de vuestra ignorancia tozuda, que por otra parte es capaz de creer en los milagros de la Beata Clara o de la sangre de San Espantaleón (Carrere, 1925: 57).

Esta falta de profundización en asuntos y personajes que se ha señalado no es exclusiva de Carrere, sino que puede explicarse en el hecho de que viene impuesta por el tipo de formato en el que habitualmente publica, las series de novela corta, y es común a los autores que encontramos en ellas, ya que los principios en los que las colecciones de novela breve se asientan son los de ser un tipo de literatura de consumo, es decir, masiva, en la que el ingrediente principal sea el entretenimiento, ayude a la identificación de los lectores con la trama y los personajes, y ofrezca una historia sencilla y atractiva para llegar al mayor número posible de público. Aunque la ideología a la que esté orientada la revista tenga también un papel importante en estos principios, emplearse en el regeneracionismo en profundidad y en la composición de personajes complejos o seguir corrientes minoritarias, como la ciencia ficción, no debía ser tarea fácil, ni comúnmente aceptada por un editor que obedece a los pulsos comerciales. De ahí que muchos prefiriesen decantarse por la moda de entonces: la novela sicalíptica.

5. CONCLUSIONES

El embajador de la Luna se presenta como un texto en el que se amalgaman aspectos propios del novelar español de principios del siglo XX. En primer lugar, se inscribe en la tendencia que continúa con el realismo o, si se prefiere, con el costumbrismo, tanto por su estructura como por su estilo. Pero representa a su vez la actitud de superarlo o, al menos, de renovarlo. De este modo, Carrere, que ya antes había denunciado la injusticia social en sus novelas, escoge un marco nuevo para él (pues el de la bohemia era ya un tema recurrente) y, aprovechando las posibilidades de distanciamiento que le ofrece la ciencia ficción, ensaya una novela de tintes regeneracionistas para expresar que otros sistemas de organización y gobierno son posibles. Sin embargo, debido a los condicionamientos intrínsecos del formato en el que publica, la novela corta, a los que está tan habituado (todas sus novelas fueron publicadas en estas colecciones), no consigue crear ni un relato puramente de ciencia

ficción ni regeneracionista; se queda en el ensayo, y elabora un texto muy *sui generis*, esto es, ecléctico, entretenido, humorístico y con algunas pinceladas de compromiso social. Una novela cuyo resultado es original, y que le valdrá para comprender el género de la ciencia ficción y expresarlo bien en una obra posterior: *La momia de Rebeque*.

BIBLIOGRAFÍA

- Calvo, José Luis (2008), *El sueño sostenible. Estudios sobre la utopía literaria en España*, Madrid, Marcial Pons Historia.
- Carrere, Emilio (1925), “El embajador de la Luna” en *La Novela de Hoy*, 183, Madrid.
- Eguidazu, Fernando (2008), *Del folletín al bolsilibro. 50 años de novela popular española (1900-1950)*, Guadalajara, Silente.
- Estorch i Siqués, M. (1858), *Lunigrafía. Madrid visto desde la Luna y La Perla de las Antillas* (Tomo IX), Madrid, Imprenta de Manuel Galiano.
- Ferrerías, Juan Ignacio (1972), *La novela de ciencia ficción: interpretación de una novela marginal*, Madrid, Siglo XXI.
- G. de Nora, Eugenio (1958), *La novela española contemporánea* (Vols. I y II), Madrid, Gredos.
- Granjel, Luis S. (1968), “La novela corta en España (1907-1936)”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 220, Madrid.
- Gutiérrez, M.^a José (2011), “Catálogo de novelas de Emilio Carrere”, *Analecta Malacitana*, n.º 30.
- Jaureguizar, Agustín: “Españoles que fueron a la Luna”, en http://www.augustouribe.com/esp_luna_m.htm (12/06/2013).
- Labrador Ben, Julia M^a y Sánchez Álvarez-Insúa, Alberto (2001), “La obra literaria de Emilio Carrere (I). Emilio Carrere y sus poemarios *Románticas* y *El Caballero de la Muerte*”, *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 19.
- Litvak, Lily (1995), “Entre lo fantástico y la ciencia ficción. El cuento espiritista en el siglo XIX”, *Anthropos*, 154/155.
- Mainer, José Carlos (1987), *La Edad de Plata (1902-1936). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra.

- Moreno Serrano, Fernando A. (2012), *Teoría de la literatura de ciencia ficción: poética y retórica de lo prospectivo*, Vitoria: Portal Editions.
- Sainz de Robles, C. (1971), *Raros y olvidados. La promoción de "El Cuento Semanal"*, Madrid, Prensa Española.
- Santiáñez, Nil (1995), *De la Luna a Mecnópolis. Antología de la ciencia ficción española*, Barcelona, Acantilado. Quaderns Crema.
- Suvín, Darko (1979), *Metamorphosis of Science Fiction. On the Poetics and History of a Literary Genre*, New Haven and London, Yale University Press.
- VVAA. (2005), *La Novela de Hoy, La Novela de Noche y El Folletín Divertido*, Colección Literatura breve, 15, Madrid, CSIC.
- Vélez de Guevara, Luis (1988), *El Diablo Cojuelo*, Eds. Ángel R. Fernández e Ignacio Arellano, Madrid, Castalia.